

Un humilde sacerdote, instrumento de las misericordias del Señor, acababa de recibir públicos homenajes en la capital de la Francia. Las reliquias de San Vicente de Paul, sustraídas á las profanaciones revolucionarias por un piadoso lazarista (paul), depositadas durante el terror en casa del notario de la congregacion, trasladadas despues á la casa de las Hermanas de la Caridad, fueron reconocidas el 6 de abril por el señor Quelen, arzobispo de Paris. Con un profundo respeto se vieron al descubierto los restos preciosos de un hombre y de un Santo tan grande á la vez, tan querido de la humanidad y de la Religion (1). Nadie habia que no recordase con admiracion las obras de este sacerdote generoso: unos besaban con emocion aquella venerable cabeza, en la que se habian cancelado tantos proyectos igualmente gloriosos á Dios y útiles al mundo; los otros hacian tocar á ella objetos de piedad. Una urna magnífica, cuyo precio sustraído del palacio arzobispal, durante la tormenta que muy luego desoló á Paris, vino á ser ocasion de un triste proceso contra el arzobispo, victima de este robo, recibió las reliquias del padre de los huérfanos. El 24 de abril, día del nacimiento de san Vicente de Paul se trasladó esta urna con su precioso depósito á la metrópoli, donde el ilustre nuncio Lambruschini celebró solemnemente el 25 de abril los santos misterios. Precedido y seguido de un gran número de fieles, un acompañamiento formado de jóvenes levitas, de sacerdotes venerables, de pontífices que acudieron de diversos puntos del reino (2), de los hijos ó hijas de San Vicente de Paul,

(1) *Amigo de la Religion*, t. 63, p. 266-311.

(2) El arzobispo de Paris y el electo de Sens; los obispos de Arians, de Bayeux, de Belley, de Chalons, de Chartres, de Evreux, de Grenoble, de Luzon, de Montauban, de Moulins, de Nancy, de La Rochela, de Samosata, de Soissons, de Versailles; el antiguo obispo de Tulle y el obispo electo de Meaux.

condujo las reliquias, que rodeaba un grupo de huérfanos, desde la basilica de Nuestra Señora hasta la capilla de los sacerdotes de la Mision (1). Este fué el último día de un gozo y alegría sin mezcla para el Sr. Quelen, quien despues de haber asistido en la ciudad de Aneci al triunfo de San Francisco de Sales, presidió en Paris los honores tributados á San Vicente de Paul. Intercesores gloriosos, ellos derramaron en el corazon del inmortal prelado el uno su caridad y el otro su dulzura.

Hé ahí como la Francia cristiana, representada en Paris por muchos de sus Pontífices, protestaba contra los esfuerzos del partido que se dedicaba á sofocar la Religion en el corazon de los pueblos, y para el cual los decretos de 16 de junio de 1828 habian sido la primera victoria.

Feutrier, que habia firmado uno de estos funestos decretos, no tardó en sucumbir al pesar que le estaba minando desde su salida del ministerio, del que solo á instancias de Carlos X habia consentido por dos veces en quedar encargado. Despues de su caída no acertaba él á esplicar, segun lo repetia á Galard, á Aloubry y á sus amigos mas íntimos entre los hombres del mundo, cómo un rey tan leal, tan piadoso hubiese exigido de un obispo un sacrificio tan pronto olvidado, y que á los ojos de los colegas de Feutrier en el episcopado habia comprometido el carácter del obispo-ministro. Desaprobando enteramente el decreto que ordena la supresion de ocho pequeños seminarios, cuya iniciativa, firma y responsabilidad tuvo solo Portalis, el obispo de Beauvais continuaba en creer útil y bueno el que él mismo habia firmado, aunque los prelados no lo apreciases generalmente así. Bajo el peso del disgusto Feutrier se fué debilitando gradualmente, y el 27 de

(1) *Amigo de la Religion*, t. 63, p. 341.

junio de 1830 se le encontró muerto en su cama. Se habia confesado la víspera y rogado á Galard fuese la mañana siguiente á decirle la misa y alministrarle la comunión, si su estado le permitia recibirla. Pero un ataque de apoplejía que sobrevino pocos momentos despues de haberse acostado, acortó su vida y Galard cuando se presentó á la hora convenida no halló mas que un cadáver. Feutrier no tenia mas que 45 años, y parecia poder vivir aun muchos mas que hubiera embellecido con su carácter amable y su escelente corazon.

Un acto tan importante para la Religion como para la humanidad, para la civilizacion como para la política, honró al nuevo ministerio. Carlos X, en el momento de desplegar el pabellon francés para ir á castigar el insulto de una potencia berberisca, recordó los piadosos ejemplos de los reyes sus antepasados, quienes colocaron siempre bajo la divina proteccion sus empresas militares. «Tenemos la firme esperanza, escribió á los obispos, de que si las bendiciones del cielo acompañan á las costas de África á los nobles vengadores del honor de la Francia, el éxito de esta guerra será glorioso para nuestras armas. Nuestro triunfo será un beneficio para la Religion y para la humanidad.» Reclamó oraciones públicas, á fin de obtener del Dios de los ejércitos que protegiese siempre la bandera de las flores de lis, y que diese al rey la victoria, que parecian ya prometerle la justicia de su causa y el valor de sus soldados.

Este príncipe habia anunciado que esperaba hacer que la expedicion á África redundase en beneficio general de la cristiandad. Los cánticos de la Religion iban pues á resonar tambien despues de tantos siglos sobre aquellas costas profanadas por un culto absurdo. Desde lo alto del cielo los Ciprianos, los Agustinos y los Fulgencios se sonreían sin

duda al ver esta feliz revolucion. Tantos santos obispos, tantos generosos mártires, soliciaban de la misericordia divina la vuelta de su patria á la fé, que habia fundado allí numerosas iglesias y hecho brillar heróicas virtudes.

Muy luego Carlos X pudo escribir á los obispos que el cielo habia bendecido sus armas. Tres semanas bastaron al conde de Bourmont para conquistar á Argel. Recojéremos aquí las palabras que este gran acontecimiento inspiró al arzobispo de Paris, y de las que mas tarde abusó tan cruelmente el odio de los impíos: «El cielo ha oído nuestras súplicas, dijo en una pastoral; el Señor ha coronado nuestros deseos; Dios ha bendecido nuestras armas. ¡Argel ha sido tomada! El pabellon Real ondea sobre sus muros; el insolente pirata encorva ahora la cabeza bajo la espada victoriosa de la Francia y se rinde á discrecion. Tres semanas han bastado para humillar y reducir á la debilidad de un niño á ese musulman poco há tan soberbio: así sean tratados en todas partes, y siempre, los enemigos de nuestro rey y señor; así sean confundidos los que se atreven á sublevarse contra él: *Fiant sicut puer inimici domini mei regis, et universi qui consurgunt adversus eum in malum.*» Cuando el rey fué á la catedral á dar acciones de gracias, le dijo el señor de Quelen: «Señor, ¡cuántas gracias en una sola! ¿Qué motivo mas digno de nuestro reconocimiento, como tambien de nuestra admiracion, que el que conduce á hoy á V. M. á este templo de Dios y al pie de los altares de Maria? La Francia vengada, sabiendo aun una vez que ella puede descansar en vos respecto del cuidado de su gloria y de su felicidad; la Europa, libre de un odioso tributo, bendiciendo vuestra sabiduría y poder; el mar, purgado de piratas, humillando bajo vuestras velas sus pacíficas olas; el comercio tranqui-



lo, saludando con amor á vuestro pabellon en todas partes respetado; la humanidad, triunfando de la barbárie; la cruz, victoriosa de la media luna; los himnos de la fé, resonando en los desiertos del África; la Religion, largo tiempo cautiva en una tierra desolada, proclamándoos su libertador!!! Hijo de San Luis, ¿qué motivo mas legítimo de consuelo y de júbilo para vuestro noble y generoso corazon, y para nosotros, vuestros fieles súbditos, qué justa causa de alegría y de gozo! Así el Omnipotente ayuda al rey cristianísimo que reclama su asistencia. Su mano está con vos, señor: ¡que vuestra grande alma se afirme mas y mas! Vuestra confianza en el divino socorro y en la proteccion de Maria, Madre de Dios, no será vana. ¡Ojalá que V. M. reciba muy luego tambien una nueva recompensa! ¡Ojalá venga tambien muy luego á dar gracias al Señor por otras maravillas no menos dulces y asombrosas! Pero Carlos X habia subido á la cumbre: la mano de Dios, que á ella le habia con lucido tan maravillosamente, debia hacerle bajar luego de ella.

El vasto plan seguido hacia quince años contra la Religion, iba á ser comprobado con un resultado demasiado manifiesto.

Los que declamaban tan alto desde 1815 contra el partido clerical, contra la teocracia, contra el ultramontanismo, contra la influencia del clero, tenian un plan, que siguieron constantemente con tanta destreza como ardor (1). No habia acontecimiento que no les sirviese para conseguirlo. Estos hombres aprovechaban todas las circunstancias, ó las provocaban ellos, favorables á sus miras; todos sus escritos eran dirigidos en el mismo sentido. Antes de referir su odioso triunfo, es oportuno dirigir una mirada á lo pasado y recordar año

(1) *Amigo de la Religion*, t. 67, p. 303.

por año en un corto análisis la ejecucion de su plan.

El odio contra la Religion y contra los sacerdotes, que parecia haberse debilitado bajo el despotismo de Bonaparte, se despertó repentinamente en tiempo de la restauracion. La vuelta de los Borbones difundió la alarma en las filas de la impiedad. El solo nombre de rey cristianísimo, la adhesion de esta familia á la Religion, los ejemplos de piedad que daba, todo inquietaba é irritaba á los que se habian acostumbrado durante la revolucion á ver oprimida la Religion y proscriptos los sacerdotes. Se pusieron nuevamente á clamar contra el fanatismo. Entre otros folletos publicados en 1814, citaremos el de Dubroca, sacerdote y bernabita casado, predicador de la filantropía: el autor le habia intitulado: *Una nube negra se forma en el horizonte, ó Signos precursores del fanatismo religioso*. Los incrédulos se sublevaron contra todas las medidas tomadas en favor de la Religion. Así, habiendo publicado el 7 de junio de 1814 el director general de policia una ordenanza para la observancia de los domingos y fiestas, se presentaron en la Cámara contra este acto, calificado de arbitrario y despótico, peticiones que fueron favorablemente acogidas. Los impios se quejaron de que los clérigos lo invadian todo: «No se nos habla, decia Mehee, sino de ceremonias religiosas y de procesiones.» Es restablecimiento de los jesuitas por una bula de Pio VII asustó sobre todo á los enemigos de esta orden célebre y despertó su animosidad: todo estaba perdido, segun ellos, si los jesuitas volvian á aparecer en Francia, y su siniestra influencia comprometeria la suerte de la monarquia: hasta hubo un sacerdote, el jansenista Tabaraud, que con este motivo desahogó su bilis en un folleto lleno de acrimonia, titulado: *Del Papa y de los jesuitas*. La Religion y los sacerdotes fueron tambien hor-

riblemente calumniados en la *Memoria al rey* por Carnot. Estos escritos, estas quejas y rumores habian ya exaltado los ánimos. Un hecho poco importante en sí mismo vino á demostrar cuáles eran las disposiciones de cierta clase con respecto al clero. Una actriz, la señorita Raucourt, murió en Paris en 15 de enero de 1815, y sus amigos quisieron conducirla á la iglesia á donde ella no iba en vida. La iglesia de San Roque estaba cerrada, y se forzaron sus puertas; se llamó á un sacerdote, gritando contra los sacerdotes; aquel lugar santo resonó con los clamores de la muchedumbre amotinada; al pié de los altares se lanzaron invectivas contra el fanatismo y la supersticion: finalmente, se retiró el acompañamiento enorgullecido con una victoria tan gloriosa; y este acontecimiento, que publicaron los periódicos, se convirtió en pretexto de declamaciones aun mas absurdas que malignas.

Se aproximaba ya á la catástrofe de 1815: la vuelta de Bonaparte fué para los enemigos de la Religion la señal de un júbilo desenfrenado. En muchas provincias hubo una verdadera reaccion contra el clero, y sus individuos se vieron hechos el blanco de los ultrajes del populacho y de la persecucion de funcionarios adictos al usurpador. En diversos lugares al grito de *¡viva el emperador!* se agregaron los de *¡abajo el paraíso! ¡viva el infierno!* Se castigaba á algunos sacerdotes por el celo que habian mostrado en favor de la causa realista; se acusaba á otros de predicar el restablecimiento de los diezmos y de favorecer las pretensiones feudales: rumores absurdos, de que se hizo eco el director general de cultos en una circular á los obispos el 10 de abril de 1815. El juramento exigido á los eclesiásticos, las oraciones prescritas por el emperador, y otras medidas suministraron pretextos para atormentar al clero. Final-

mente, la exasperacion llegó á ser tal entre la hez del pueblo, que los sacerdotes eran insultados frecuentemente en las calles, y esta exasperacion, que se prolongó hasta la segunda vuelta del rey, produjo crímenes dignos de 1793.

La composicion de la Cámara de los diputados de 1815 debia hacer esperar mejores tiempos para la Religion y para el clero. Se contaban en esta Cámara muchos hombres piadosos y celosos, que querian mejorar la suerte de los eclesiásticos; pero las proposiciones hechas sobre este punto fueron desfiguradas por el odio de los periódicos. Acúsabase de la codicia á los sacerdotes, como si un teniente cura á quien se le abonaba un sueldo de quinientos francos, no pudiese sin avidéz pretender algo mas: el ministerio mismo creyó que la Cámara iba demasiado lejos, y Luis XVIII, prevenido por un favorito contra una mayoría religiosa y realista, no solamente terminó la legislatura el 29 de abril de 1816, sino que tambien disolvió la Cámara el día 5 de setiembre siguiente. El ministerio se iba volviendo cada vez mas favorable á los liberales. Aunque habia censura, se permitian á los periodistas invectivas contra la Religion y burlas contra los sacerdotes.

A la sombra de este sistema la licencia de la prensa adquirió un desarrollo extraordinario. A principios de 1817 se vieron aparecer multitud de prospectos anunciando nuevas ediciones de Voltaire y de Rousseau. Los hombres mas sábios se aterraron á vista de este aumento de celo filosófico: los vicarios generales de Paris se esforzaron en precaver á los fieles contra el veneno que se les distribuia; pero la autoridad eclesiástica no pudo llenar su deber sin sufrir indignos sarcasmos. Hasta entonces no se tenia mas que una edicion completa de Voltaire, la de Kehl: dedicándose el espíritu de partido á propagar cada vez mas



las obras del patrono de la filosofía moderna, en corto tiempo se hicieron diez ó doce ediciones nuevas, de diferentes tamaños y precios; ediciones de lujo ó compactas, de mediano y de pequeño coste, y aun ediciones para las cabanas: tanto era el empeño que habia en pervertir todas las clases y en insinuar el odio y desprecio de los sacerdotes hasta en las mas pequeñas aldeas. Con las nuevas ediciones de Voltaire vieron la luz pública diez ó doce de Rousseau: unas á otras se sucedían sin interrupción, y los especuladores rivalizaban en ardor para escitar la curiosidad pública con impresos adaptados á todas las fortunas y á todos los gustos. Además se reimprimían obras sueltas de los dos filósofos: hubo, una despues de otra, hasta siete ediciones del *Emilio* y diez del *Contrato social*. Se desenterraban uno tras otro á todos los filósofos que habian escrito ochenta años há: Helvecio, Diderot, Holbach, Raynal, Saint-Lambert, Condorcet, Dupuis, Volney, cuyas *Ruinas* se imprimieron diez veces en corto tiempo. Agreguemos á esto las novelas impías é inmorales, como las de Pigault-Lebrun, los escritos de Llorente, de Gallois, de Collin de Plancy (1), de Dulaure, los *Resúmenes históricos* de Bodin, de Rabbe, de Scheffer, de Thiessé, y un gran número de folletos y sátiras de todo género, y se formará una idea de la increíble actividad del espíritu de irreligion. ¿Qué pensar de este esceso de furor, y cómo explicar sino por un odio profundo al cristianismo la reimpresión y propagación de tantas obras, de las que muchas estaban ya olvidadas, y otras no

(1) Collin de Plancy, convertido á la Fé católica despues de muchos años de estudios serios, publicó en 1811 una noble y tierna retractación, en la que reprueba y condena los escritos escandalosos que le habia dictado, dice, el espíritu de orgullo y de mentira con el nombre de filosofía. (*Amigo de la Religión*, t. 111, p. 1).

existían sino en las grandes bibliotecas? Entonces esparcidas por todas partes llevaron hasta á las aldeas la manía de la impiedad, el desprecio de todo lo que la fé nos enseña á reverenciar, y preocupaciones brutales contra los sacerdotes. Es además notable que las reimpresiones de Voltaire, de Rousseau, etc., cesaron en 1830, porque habiendo conseguido su objeto la conjuración, ya no necesitaba de este medio para lograrlo. Hoy ya no se venden las obras de Voltaire.

Independientemente de estos medios se emplearon otros para debilitar la Religión y humillar al clero (1). Habiendo sido llevado á la Cámara de los diputados en noviembre de 1817 y publicado el concordato firmado entre Pio VII y Luis XVIII, los incrédulos, los jansenistas, los disidentes, los constitucionales y los liberales lanzaron un grito de alarma, que los indiferentes repitieron á porfía. Vieron la luz pública un gran número de folletos contra el concordato, y se vio también á un militar, el general Jubé, disertando sobre materias que indudablemente no habia estudiado, suministrar su contingente de oposición. De estos ataques reunidos resultó un simulacro de opinión pública, ante la cual intimidado el ministerio, abandonó el concordato y hasta muchos años despues no se concluyó con Pio VII otro arreglo, ni se establecieron nuevas Sillas.

En 1818 comenzó la *Minerva francesa*, colección periódica, que no estando sujeta á censura, habló libremente sobre la Religión, sobre las prácticas de piedad y sobre el clero. Atacaba sobre todo á los misioneros, y sus declamaciones, sus falsos relatos y sus sarcasmos, ejercieron una fatal influencia sobre la opinión. Pocos meses despues adquirió

(1) *Amigo de la Religión*, t. 67, p. 353.

un auxiliar en la *Crónica religiosa*, otra colección redactada por Gregoire, Tabaraud, Orange, Agier, Lanjuinais, todos jansenistas constitucionales, que se complacían en atacar al Papa y á los obispos, en ridiculizar al clero y en criticar á los misioneros y á todo lo que se hacia en favor de la Religión. Estas colecciones eran secundadas por un gran número de folletos, como el *Libro de á quince sueldos* ó *Política de bolsillo*, por el P. Miguel, y el *Hombre gris*, por Feret, los de Rigomer Bazin, las novelas de Pigault Lebrun, como también los libros licenciosos de todo género, de todo tamaño, festivos y serios, y caros ó á vil precio. Un escrito: *De la libertad religiosa*, por Benoit, en el género grave, ofrecía un ataque directo contra el cristianismo y aun contra todas las religiones en general. Para hacer llegar el veneno hasta la clase ignorante, se recurría á la litografía y á las caricaturas; se representaba á los sacerdotes, á los misioneros, á los obispos bajo las formas mas grotescas y en las actitudes mas ridículas; se estraviaba ó exaltaba al pueblo ya con imágenes horribles, ya con pinturas étnicas.

En 1819 cesó la censura para los periódicos. Libres de todo freno, usaron ampliamente ó mas bien abusaron de la libertad que se les dejaba. Entonces comenzó la guerra cotidiana de epigramas, de alusiones, de calumnias directas é indirectas, y hasta de injurias y sátiras mas ó menos explícitas. El tono de violencia ó de rechifla de los periódicos fué de día en día haciendo progresos, y la acción de estos papeles sobre sus lectores fué asombrosa; se parecia al agua del torrente, que cayendo continuamente sobre la piedra, concluye por horadarla. Pocos hombres tenían opiniones tan firmes y resueltas para resistir á insinuaciones de todos los dias, presentadas con arte y en una formal

propia para engañar. Así fué que se recogieron muy luego los frutos de estos ataques reiterados contra los sacerdotes.

Habia entonces en el ministerio de lo Interior un protestante que desempeñaba un elevado empleo, y era además redactor del *Correo francés*: era Guizot, el cual, muy opuesto á las misiones, se servía de su crédito y de su periódico para poner trabas á estas predicaciones extraordinarias. Habiéndose abierto una misión en Brest, el 24 de octubre de 1819, se provocó un movimiento por emisarios enviados desde lejos y por órdenes secretas: el obispo de Quimper, que habia ido á aquella ciudad, no pudo obtener de los magistrados algunas medidas que habrían fácilmente disipado el desorden, y los misioneros tuvieron que alejarse en medio de los insultos, en razón á que la libertad de cultos existía para todo el mundo, menos para el clero, y á que los católicos no podían tener una misión en el hecho de no agradar esta á los liberales. También por impulso de Guizot el adjunto de Crouy en la diócesis de Meaux espidió en el mes de diciembre de 1819 un edicto prohibiendo la plantación de una cruz, á consecuencia de una misión que habia tenido lugar en aquella parroquia.

En muchos lugares y en diversas épocas la Religión tuvo que deplorar violencias y ultrajes: en Burdeos, como en París, se parodiaron sobre un ataud las ceremonias de la Iglesia; en San Ginés, diócesis de Montpellier, se parodió la ceremonia del miércoles de Ceniza; algunos jóvenes impíos turbaron las procesiones con mascaradas indecentes; pero la impiedad fanática se distinguió sobre todo en la capital, en 1822, con motivo de las misiones que en el mes de febrero se dieron en muchas iglesias. Los periódicos liberales, lejos de reprobar estos escesos al referirlos, se imitaban á concluir que no debían tolerarse



las misiones, supuesto que daban ocasion á turbulencias. Habiendo dado lugar á reuniones un servicio fúnebre que se queria obtener en San Eustaquio para el jóven Lallemand, muerto dos años antes en un tumulto, Benjamin Constant se encontró en medio de los grupos, y este diputado protestante se quejó con calor de que se le hubiese impedido entrar en la iglesia para satisfacer su piedad.

El diluvio de los malos libros continuaba. En el número de los editores que se apresuraban cada dia á desenterrar todo lo mas inmoral y atrevido que habia en la antigua literatura, debe colocarse al antiguo militar Touquet, quien adquirió una especie de reputacion entre los liberales por su celo en reimprimir las obras de los filósofos. Sus ediciones se vendian al mas vil precio, y se distribuian con profusion en los arrabales de Paris, en los talleres y en los campos. Si ellas no contribuyeron á enriquecer al editor que hizo bancarrota, siempre es verdad que aquella multitud de libros pequeños, secundados por las injurias y continuas sátiras de la prensa anti-religiosa contra el clero, produjo su efecto sobre el pueblo. Los eclesiásticos se veian cada dia mas espuestos á los insultos de los hombres estúpidos, inflamados por todo lo que oian. Así el jueves de Pascua de 1823 el P. Debrosses, de la Compañía de Jesus, que se dirigia desde Paris á Montrouge, estuvo á punto de perecer víctima de un asesinato; el asesino impulsado á este crimen por una apuesta, habiendo calculado á sangre fria sus consecuencias, se arrojó al agua. A otro eclesiástico se le apuntó un tiro, en Vaugirard, por un jóven á quien sus camaradas escitaban á tirar.

Lo que se habia visto en 1815 á la muerte de la actriz Raucourt, se reprodujo en 1821 á la del agente de cambio Manuel, muerto en desafío, y se intentó reproducirlo en 1824, á

la muerte del actor Philippe, cuyos amigos quisieron conducir el cuerpo á la iglesia de San Lorenzo: solamente la fuerza armada impidió la continuacion del escándalo. Al mismo tiempo la piedad tuvo que lamentar muchos robos sacrílegos.

Como la peticion en que el fiscal Bellart denunciaba á la Real chancillería de Paris el *Constitucional* y el *Correo*, no tuvo otro resultado que una sentencia absolutoria, en la que hasta se censuraba la *existencia de corporaciones religiosas prohibidas por las leyes*, y las *máximas profesadas por una parte del clero*, los periódicos, seguros de la impunidad, derramaron con mas audacia que nunca el desprecio sobre las cosas y personas de la Religion. Encontraron un auxiliar digno de ellos en un escritor, que habia parecido por mucho tiempo servir á la causa de esta Religion santa y de la monarquía. Se apoderaron, como de una autoridad irrefragable, de su célebre Memoria contra los jesuitas, contra los ultramontanos y contra el partido clerical; y el anciano, exaltado por sus elogios, se preparó para emprender nuevos ataques.

En el mes de mayo de 1826 se enviaron de Paris á Rouen algunos emisarios, se distribuyeron entre los obreros folletos, canciones y dinero, y los liberales consiguieron, en esta ciudad, turbar los ejercicios del jubileo. El 18 de mayo, hallándose ocupada la catedral por una inmensa muchedumbre, á los insultos y amenazas se agregaron petardos y cohetes, se profirieron gritos, se tiraron algunas sillas, y el desorden llegó á su colmo. A la mañana siguiente los agitadores no pudieron penetrar en la catedral; pero se reunieron en grupos en la plaza y cuando pasaron por esta dos misioneros, fueron asaltados, y uno de ellos, arrastrado por el lodo y desgarrados sus vestidos, hubiese perecido sin el valor de un jóven carnicero. Los dias

siguientes se manifestó aún la efervescencia de los hombres de partido con reuniones tumultuosas que costó trabajo disipar. En el mes de octubre intentaron, pero con menos éxito, impedir una nueva mision en Brest.

Lo que entonces ocupaba mas los ánimos eran los jesuitas, cuya presencia se floja temer: se los denunciaba, no solamente en los periódicos, sino tambien en la tribuna legislativa; se acusaba al ministerio porque los toleraba en un Estado, en que eran protegidos los judíos y gozaban de tranquilidad los musulmanes. El conde de Montlosier los denunció á la Real audiencia, la que declarándolos incompetente, motivó su resolucion de una manera desfavorable á la Compañía. Habiéndose dirigido este enemigo de los jesuitas al ministro del Interior sin recibir respuesta, ocupó á la Cámara de los Pares con una peticion, en la que pretendia señalar los peligros con que amenazaban á la Francia las congregaciones, la violacion de la declaracion de 1682 y los planes del clero. Esta Cámara tomó en consideracion el primer punto en el mes de enero de 1827, y la remision de la peticion á los ministros, por el motivo de que la presencia de los jesuitas era ilegal, autorizó los ataques con que los periódicos liberales y algunos escritores, émulos del conde de Montlosier, persiguieron á estos religiosos. En este número se distinguió Marcel, criado por ellos, y que les devolvía en calumnias lo que de ellos habia recibido en beneficios.

Mientras que se preparaba contra los jesuitas la tempestad, pronta á estallar al primer momento favorable, la impiedad insultaba á la Religion con la pompa con que afectaba rodear el féretro de muchos incrédulos. El arzobispo de Paris no pudo penetrar en el aposento del actor Talma, de quien se dice que antes de morir pidió no se le condujese á la

glesia: despues el actor Michot, los antiguos

directores Barras y Gohier, el convencional Laignelot, el patriota Mangourit, los médicos Gall y Chaussier, espresaron sucesivamente este voto impío, y á ejemplo de Talma tuvieron por ello un acompañamiento mas pomposo. El antiguo diputado Manuel fué sobre todo el objeto de honores extraordinarios: murió en el campo, se condujo su cuerpo á Paris, y se pronunciaron sobre su tumba verdaderas escitaciones á la impiedad y á la rebelion.

Derrumbado el ministerio Villele por las elecciones de 1827, fué reemplazado al principio de 1828 por otro ministerio de concesiones. Este no se concretó por los decretos de 16 de junio á sacrificar los jesuitas al odio de los incrédulos y á comprometer la perpetuidad del sacerdocio en Francia, doble medida contra la que reclamaron enérgicamente los obispos, sino que concedió á los liberales una ley que les hacia dueños de las elecciones, y despojó al trono de sus últimos medios de accion, aboliendo la censura facultativa y la autorizacion para los periódicos. Desde entonces al lado de los periódicos antiguos, cuyo alimento diario eran los insultos á la Religion, las sátiras y burlas contra sus prácticas mas respetables, las acusaciones y calumnias contra los sacerdotes, se publicaron diarios nuevos especialmente destinados á perseguir, á denunciar, á ultrajar á los eclesiásticos, y todo contribuyó para precipitar el desenlace de una tan larga como vasta conspiracion. Era imposible que la Religion, combatida á la vez por tantos lados, no sufriese bruscos ataques. Era imposible que el clero, humillado, insultado, calumniado diariamente, no se resentiese de tantos golpes como se le dirigian. Era imposible, en fin, que un plan tan diestramente concebido, y seguido tan hábilmente por tantos agentes llenos de actividad y de ardor, no terminase en alguna catástrofe.

Así se fué pervirtiendo insensiblemente la